

ASCUA

#12



ascua

De or. desc.

1. f. Pedazo de cualquier materia sólida y combustible que por acción del fuego se pone incandescente y sin llama.



Índice

| | |
|---|----|
| El jardinero de recuerdos perdidos..... | 3 |
| Leche derramada | 7 |
| Siempre es ahora | 13 |
| La vida en el campito..... | 19 |
| Fanta de naranja..... | 25 |
| De cicatrices y pecados capitales..... | 31 |



El jardinero de recuerdos perdidos

No recuerdo cuándo ni cómo empecé a ejercer este oficio, pero sé que pronto dejaré de hacerlo. Cuido jardines en los que planto recuerdos perdidos, momentos ya olvidados que al florecer se convierten en historias fantásticas e imposibles que sirven de alimento para los espíritus insatisfechos, para las almas a quienes la realidad que les rodea les resulta insuficiente o insoportable.

Nunca he sido particularmente brillante, pero sí tenaz y trabajador. Lo que no consigo con talento lo suplo con esfuerzo. Me sale así, me siento feliz y completo cuando estoy concentrado, como si el universo fuera mi amigo y me empujara donde sabe que me viene bien estar. Llevo una gestión bastante exhaustiva de los jardines de los que me ocupo y conozco bien las plantas y frutos entre los que paseo a diario. Selecciono y clasifico las semillas que me llegan como un verdadero autómata y me sorprendió empezar a encontrarme con un nuevo tipo de recuerdo que ahora ha venido a sustituir lo que casi desde que tengo memoria fue el recurso más común en mis almacenes.

Desde hace algunas décadas siento que mi materia prima está cambiando, las nuevas semillas que ahora llenan mis viveros tienen un olor mucho más fuerte, más salvaje e indomable, y al desarrollarse se convierten en árboles que no puedo controlar, que crecen más rápido de lo que puedo podarlos. Pronto lo ocuparán todo y mi trabajo ya no tendrá sentido.

Me pregunto qué pasará con este mundo cuando quede infestado de estas añoranzas inmanejables que se quedan todo mi sustrato para crecer sin control, arrasando con lo que tienen a su alrededor. Me pregunto a qué clase de equilibrio llegarán cuando yo ya no esté. El cambio es inevitable y trae la destrucción de lo conocido hasta ahora. ¿Tiene que ser siempre así?

Sé que estoy haciendo lo que puedo con lo que se me da, estoy satisfecho con mi trabajo y no dudo de mi integridad y buen hacer, pero quizá alguien deba ocuparse de que lo que me llegue sea sostenible. Yo ya no puedo controlar el nuevo tipo de vegetación que ocupa ahora mis jardines. Mi forma de hacer las cosas y las herramientas de que dispongo no sirven para esta nueva realidad.

Siento el cansancio en los huesos, la tierra bajo mis pies me llama, me seduce, y siento que pronto me convertiré en parte de mi propio jardín. Mi jardín, antes ordenado y predecible, se ha convertido en una jungla y en esa jungla, yo, el jardinero de recuerdos perdidos, me pierdo también.

Mi trabajo termina. Mi historia, como todas, pronto pasará a formar parte de este jardín.





Leche derramada

Cuando bajo a hacer la compra al supermercado de la calle de al lado, me siento observada. Cuando voy a recoger a mi hija al colegio, me siento observada. Cuando me maquillo antes de salir con mis amigos para ir al cine, me siento observada. Creo que quienes me observan son la ira y la culpa.

Un ruido brusco y seco llega desde el otro lado de la casa. No es justo, ¿por qué a mí?

La culpa y la ira mantienen una relación trágica, un círculo vicioso sin resolución. La culpa provoca a la ira. La ira se descarga, hace lo suyo, y deja un vacío. Ese vacío es perfecto para que la culpa vuelva a colarse. No hay clímax ni catarsis, sólo repetición.

Al ruido lo acompaña el suave y desagradable sonido de un vaso rodando por la mesa. No es justo, siempre igual... ¡no es justo!

La ira necesita a la culpa, encuentra en ella su razón de ser, de vivir, de existir. Cuando la ira me observa, parece que es la culpa quien la ha llevado hasta donde estoy, quien me señala como el bicho raro que soy, que me siento cuando lo hace. La culpa en cambio no necesita a la ira, es mucho más autónoma y parece ser perfectamente feliz por su cuenta buscando con qué entretenerte. Es además tenaz e incansable; no para hasta dar con algo con lo que jugar y a lo que observar con esa curiosidad que siento mezquina.

El vaso para y veo la leche derramada sobre la alfombra. Siempre a mí, ¿por qué?, ¿por qué?, no es justo... ¡no es justo!

Muchas de las veces en que la culpa me encuentra y me observa acaba llamando a la ira y, cuando la ira llega, la culpa se esconde, se echa a un lado y atrás. Entonces aprovecha para tomar el escenario y dar rienda suelta a sus impulsos. Empieza su espectáculo. Cuando las siento mirándome dejo de funcionar como una persona normal y no puedo seguir con lo que estaba haciendo. Si me estaba maquillando, se me sale la raya del ojo. Si voy a recoger a mi hija al colegio, me equivoco de camino y cojo un desvío que no es. Si voy al supermercado, olvido la mitad de las cosas que necesitaba o vuelvo cargada de bolsas llenas de tonterías que no pensaba comprar.

Mientras miro inmóvil cómo la alfombra empieza a absorber la leche derramada sobre ella, suena el timbre de casa. ¿Es la primera vez que suena? Estoy harta, ya basta, no es justo, ¡no quiero!

No tengo claro qué les resulta tan interesante de mi vida a la culpa y la ira. Soy buena persona y no dejo de ser una chica sencilla y normal que lo hace lo mejor que puede. ¿A qué viene esta fijación conmigo? ¡No es justo! Ojalá se entretuvieran con, yo qué sé, con el vecino de enfrente que insiste en llevar esa jodida gorra azul haga sol o no y lleve la ropa que lleve. ¡Que lo observen a él, a ver si lleva la maldita gorra dentro de casa también!

Vuelve a sonar el timbre, ya con insistencia inequívoca. Sigo paralizada mirando la leche derramada. No es justo.

No es justo. Si al menos la culpa y la ira dejaran de observarme, quizá pudiera seguir adelante con mi vida. Pero siguen ahí. Quizá sean ellas las que llaman al timbre.









Siempre es ahora

De pie frente a él, en el salón de su casa, Em trató de calmar a Kevin.

—Puedo explicarlo todo.

—No, no creo, esto es... es imposible... es imposible.

—¿Recuerdas la primera vez que fuimos juntos al cine?

—Em...

—Escúchame un segundo, anda, ¿lo recuerdas? —insistió Em.

—Lo recuerdo.

—La noche anterior no pude dormir ni un minuto. Estaba tan nerviosa pensando en nuestra cita que no pegué ojo. Creo que, de alguna forma, eso tiene bastante que ver con todo esto.

—¿Qué?

—Pues eso —aclaró—, que a veces los nervios nos juegan malas pasadas, que no siempre se impone nuestra voluntad. Aquella noche habría dado lo que fuera por poder dormir y no presentarme con la cara con que me presenté, ¿te acuerdas?

—No noté nada. Pero Em...

—Cómo sois los hombres, lo mismo os da “arre” que “so” —rio desenfadada—. Llevaba unas ojeras que me llegaban hasta el suelo. Por no hablar de que me quedé dormida durante la película.

—*Rambo II*.

—*Rambo II* —confirmó Em.

—En algunas partes la llaman *Acorralado, segunda parte*, pero a mí siempre me ha gustado más *Rambo II*. Tiene más fuerza.

—Tiene más fuerza.

Hubo un silencio cómodo en que ambos sonrieron recordando *Rambo II*. El aire, antes denso y sofocante, rozó la cara de Em y el sudor en su nuca se volvió frío.

—Un momento. ¿Estás otra vez intentando despistarme con *Rambo II*? Eso no va a funcionar, no esta vez, Em.

—No intento despistarte, sólo quiero decir que a veces no somos dueños de nuestros actos. Siento que a veces no juzgamos igual los pecados por acción que los pecados por omisión, ¿no crees? Si mi amígdala me lleva a hacer una locura, soy culpable, pero si mis nervios me llevan a no descansar y a quedarme dormida nada menos que con *Rambo II*, no pasa nada, ¿no? ¿Me quedo dormida viendo *Rambo II* en nuestra primera cita y aquí no pasa nada?

—Y dale con *Rambo II*. Es cierto que es una de las mejores películas de todos los tiempos, pero ¿qué ibas a hacer?, si no habías dormido nada la noche anterior...

—Pues a eso voy, que tan malo es no dormir porque estoy nerviosa como... como... yo qué sé, hacer una locura por lo mismo, ¿no? —preguntó Em buscando complicidad.

—No sé... qué más da.

—Hombre, pues da, claro que da. Mira, Kevin, aquí lo único cierto es que siempre es ahora. Nos resistimos a la idea de que somos máquinas dirigidas por impulsos sinápticos provocados por nuestras hormonas. La voluntad es una ilusión y, en vez de dejarnos llevar, de vivir el presente, el ahora, nos empeñamos en justificarlo todo con el pasado y en planificarlo todo para el futuro. Parece que no entendemos que mañana nunca llega, que cuando llegue... iserá hoy! ¿Entiendes la ironía? ¿Qué sentido tiene buscar culpables?, ¿por qué insistimos en juzgar cada acto de cada persona? ¿Es que no hay nada que podamos dejar pasar? ¿Es que acaso no aprendimos nada de *Rambo II*?

—¿Qué? ¿Por qué? No metas a *Rambo II* en esto.

—¿Pero cómo no la voy a meter? —Em abrió los brazos, como si todo estuviera ya dicho—. *Rambo II* trata sobre un hombre atrapado en un destino que no ha elegido. ¿No ves el paralelismo? ¿No te das cuenta de que, en el fondo, todos somos John Rambo, volviendo una y otra vez al mismo conflicto, buscando una salida que no existe? Pues claro que no te das cuenta, porque sigues pensando en causas y efectos, en lo que he hecho y en lo que no, en si esto es culpa mía o tuya o del jodido gato de Schrödinger. Pero es más sencillo que eso. La única verdad es que estamos aquí, ahora, y que lo que haya pasado antes no importa. Y lo que pasará después tampoco. No pasa nada, Kevin, yo también estuve tan confundida como tú, tan golpeada y zarandeadas de un lado a otro por la realidad que no entendía nada. Me avergüenza decirlo, pero hubo un tiempo en que yo tampoco entendí *Rambo II*.

Em se acercó lentamente y lo abrazó, dejando que Kevin hundiera su cara en su regazo. Em tenía razón. *Gracias, John*, pensó.







La vida en el campito

Mírate. Parece que ya lo tienes, ¿no? Estás en medio de la montaña una fresca pero soleada mañana de abril, sentado en una roca mirando a tus ovejas invadido por la calma y la paz. ¿Pero lo tienes realmente? Entiende que resulta difícil de creer, que esa estampa se vuelve impostada y grotesca, cuando sabes que el bastón que ahora mismo sujetas lo compraste por Amazon. ¿Cómo hay que ser de imbécil para, viviendo en el monte, comprarte un bastón por Amazon? Al menos nadie parece haberse dado cuenta –o nadie parece haberle dado importancia– y todavía no te han puesto mote. Parece que en este pueblo en el que te acabas de instalar la gente va a lo suyo y tienden a no meterse donde nadie los llama. Qué suerte, con todo lo que tienes que esconder, sería una verdadera putada que tus nuevos vecinos fueran unos metomentudos, ¿verdad?

Te cubriste bien las espaldas, creaste de la nada un pasado creíble y verosímil en el que, quizá por anodino, nadie se molestaría en indagar y te esforzaste en forjarte una identidad sólida, cuidada y sin fisuras. De ahí el puto bastón. Ni el más barato, ni el más caro. Como si hablando de un bastón lo que le diera credibilidad y autenticidad fuera su precio. Estás perdido, chaval, ¿tú te has visto? Te aseguro que esta farsa no va a durar. Esto no se te da bien. La jodida *atención al detalle* de la que tanto te gustaba jactarte en las entrevistas de trabajo por las que pasabas en tu vida anterior aquí no vale una mierda. Eres un puto farsante. Y ni siquiera de los buenos.

Te repites que tenías que hacerlo, que no tenías opción, que qué ibas a hacer. Pues echarle cojones, afrontar tu realidad y no hacer lo que hiciste, coño. Siempre hay otra opción, cobarde, que eres un cobarde. ¿Qué puede justificar deshacerte así de tu madre y tu abuela? ¿Has pensado cómo estarán ellas ahora?, ¿en la mierda de situación en que las dejaste? No, tú estás aquí, acariciando la empuñadura lisa de ese bastón de mierda como si fuera parte de ti, como si fuera algo que hubieras ganado y no una mentira más. Estás viviendo la puta vida bucólica que secretamente ansiabas. Ya tienes lo que querías. Una excusa perfecta para quitarte de encima todo lo que te sobraba.

Sé que te resistes a pensar en lo que hiciste, a mirar atrás y ver el puto desaguisado que has dejado. *Huida hacia adelante* lo llamas con esos cojonazos que parecen no dejar de crecer. ¿Hacia adelante de qué? ¡Que pienses en tu abuela y tu madre te digo, hostia! Eres un monstruo... eres un puto monstruo sin alma, lo sabes, y pronto esta gente que te rodea lo sabrá también. No hacen preguntas, pero miran. Siempre hay alguien que mira más de la cuenta. Hoy mismo, la panadera tardó un segundo más en devolverte el cambio, como si algo no encajara del todo. ¿Lo notaste, verdad? O quizás solo fue impresión tuya. Da igual, pasará tarde o temprano.

Ahora estás en la fase de *luna de miel* de tu escapada, pero pronto empezarán las preocupaciones: una carta inesperada que caiga en manos de quien no debe, una visita de alguien del pasado que ha ido al pueblo a hacer turismo rural o un simple descuido o inconsistencia en las jodidas patrañas que vas soltando y que cada vez se complican más. No estás preparado para esto y no se te da bien, asúmelo, tus días aquí están contados.

No voy a dejar que pases por la vergüenza de que descubran tu secreto. No mereces disfrutar de tu mentira, tampoco voy a permitirlo. Esto se acaba aquí.

Como dijo Sansón: “¡Muera yo junto con los filisteos!”. Mañana, cuando amanezca, ya no serás nadie. Y ese puto bastón comprado por Amazon será lo único real que quede de ti.





Fanta de naranja

No existe la decadencia sin momentos de gloria. No puede apagarse lo que nunca brilló. Hugo lo sabía bien: la ruina sólo llega a lo que alguna vez estuvo en pie. Miró a su alrededor. El trastero oía a humedad, como si en su ausencia el tiempo hubiera decidido descomponerlo todo.

—¿Dónde la dejaría yo? —se preguntaba Hugo mientras recorría las baldas de una estantería con la mirada.

—¿Qué buscas? —preguntó su cerebro intentando ayudar.

—Vaya, mira quién parece haber despertado de su letargo —comentó Hugo—. ¿Dónde estabas? Casi te echaba de menos.

—Todos tenemos derecho a un pequeño descanso de vez en cuando —contestó el cerebro todavía con actitud distraída.

Hugo siguió palpando estantes, levantando mantas que descubrían cajas y abriendo cajas que contenían mantas, sin encontrar lo que buscaba.

—¿Me quieres decir qué buscas? —insistió el cerebro—. Seguro que puedo ayudarte.

—La botella de Fanta que compré el año pasado —aclaró Hugo—, creo que la dejé aquí.

—¿Aquí en el trastero? ¿No estará en la cocina? —añadió el cerebro esforzándose en parecer ocupado.

—Ya sé que es raro, pero estoy convencido de que la dejé aquí. Sé que la vi en alguna parte y sé que no llego a la cocina.

Ambos siguieron buscando la botella de Fanta durante unos minutos hasta que Hugo, harto, pidió explicaciones a su cerebro:

—Siento ser tan directo, sabes que soy una persona educada y cordial, pero siento que me estás ocultando algo. ¿Quieres decírmelo, por favor?

—¿Por qué iba yo a saber dónde dejaste una botella de Fanta de naranja?, como si no tuviera nada mejor que hacer que memorizar dónde dejas cada cosa que traes al trastero. Además, ¿qué más te da?, puedes vivir perfectamente sin Fanta de naranja, créeme.

—Sé que puedo vivir sin Fanta de naranja, pero quiero esa botella. Quiero que me digas dónde está y descubrir a qué viene que me ocultes algo tan trivial. Si hoy no hubiera visto ese anuncio, ni me habría acordado de la maldita botella.

—Puede que eso fuera lo mejor —dijo el cerebro sombrío.

—¿Qué? —preguntó Hugo con sorpresa.

—Nada...

—No, nada no. Dime qué ha sido eso —dijo Hugo.

Hugo y su cerebro se miraron durante varios minutos. Sin odio, sin apenas tensión, sin rencor. Más bien con miedo y compasión.

—Vamos, dímelo —pidió Hugo.

—Hugo —siguió con calma el cerebro—, si lo olvidaste, por algo será. ¿Recuerdas el sonido del gas saliendo a presión al girar el tapón?

—Sí.

—¿Recuerdas cuánto os gustaba abalanzaros sobre la botella agitada nada más abrirla para absorber toda la espuma sin que se derramara?

—Lo recuerdo —dijo Hugo con la mirada perdida, casi dudando.

El cerebro de Hugo esperó unos instantes antes de retomar la conversación:

—¿Quieres que siga?

—No lo sé. Espera.

Hugo derramó una lágrima. Una única lágrima que recorrió su pómulo y se perdió en el cuello de su camisa. Empezaba a recordar.

—Continúa, por favor.

—¿Estás seguro? —quiso confirmar.

—No, pero sigue.

—Está bien —concedió el cerebro—. Se te ha olvidado mirar en esa pila de cajas. Son las cajas de la mudanza de Ramiro. ¿Te acuerdas?

Hugo se detuvo un momento y, paralizado, dijo:

—Mierda. Mierda puta.

—La botella de Fanta está en la caja de arriba del todo. Ábrela —ordenó.

Hugo fue a abrir la caja y sintió que le temblaban las manos. Cuando la abrió, vio que allí estaba, naranja como algo rematadamente naranja, la botella de Fanta. La cogió y la miró con los ojos ya llenos de lágrimas, pero con una pequeña sonrisa. Giró el tapón y dio rápidamente un largo trago. Cuando terminó, bajó el brazo, cerró la botella, miró al infinito y eructó.

—Que aproveche —dijo el cerebro mordaz.





De cicatrices y pecados capitales

¿Puede un cuerpo ser un mapa? Mi cuerpo es un reflejo de todos mis pecados. Revela cicatrices, gorduras, arrugas y durezas. Cada pliegue, cada grieta en la piel, es una coordenada en el vasto territorio de mi existencia. Las cicatrices son los recuerdos más evidentes de mis excesos, las líneas grabadas de mis errores y mis pasiones.

Esta que cruza mi tripa es la consecuencia de un intento de envenenamiento en Bagdad, capital del califato abasí. Era el año 830 E.C. y yo me encontraba en un opulento banquete sin sospechar nada. Alzaba la copa cuando sentí el veneno corroyendo mis entrañas. Tuvieron que abrirme el estómago para sacarme la carne envenenada. Cada vez que toco la herida, revivo el ardor en la garganta, el sudor frío y la certeza de la traición.

En París, durante la Revolución Francesa, en el fragor de uno de los levantamientos, la bayoneta de un joven y asustado soldado realista me atravesó el hombro. Recuerdo la ira, la adrenalina en mi sangre, el estruendo de los cañones, los gritos de la multitud, el olor férreo de la sangre mezclado con el del pan que seguía horneándose en alguna parte de la ciudad. Pude ver la decapitación de María Antonieta mientras me cosían la herida con manos temblorosas y comprendí que la historia es una fiera desbocada, incapaz de piedad.

La erupción del Vesubio me encontró sumido en una orgía, tan borracho y absorto que el desastre pasó ina-

dvertido. La noche había sido larga, llena de risas y jadeos. Apenas pude reaccionar cuando el suelo empezó a temblar. Intenté agarrar y salvar a algunos de los que estábamos allí, pero para la mayoría fue demasiado tarde. Las cenizas y las ascuas se filtraban por cada rendija y mis manos, que intentaron apartarlas desesperadamente, acabaron destrozadas.

Los surcos que pueblan mi espalda aparecieron en Kioto durante el periodo Edo, a finales del siglo XVI-II. Por entonces yo era un monje zen, rebelde ante la autoridad. Me negaba a llevar a cabo el *samu*, convencido de que la iluminación no se encontraba en fregar suelos o cortar leña. Mi desdén fue castigado con azotes repetidos día tras día hasta que comprendí que el dolor también era una forma de enseñanza.

Durante la Ley Seca, en la fabulosa era del jazz, yo me codeaba con los peores gángsters de Nueva York. Envidiaba su influencia y la facilidad con que conseguían el dinero. Me involucré en demasiados asuntos turbios. No tuve cuidado. La noche en que intentaron ahorcarme había bebido demasiado whisky y perdido demasiado dinero jugando al póquer. Me arrastraron a un callejón oscuro y allí sucedió. Me soltaron antes de que la vida se me escapara del todo, pero esta horrible quemadura rodea desde entonces mi cuello.

En las minas de plata de El Potosí, durante el Virreinato del Perú, quise escaparme con todo lo que habíamos extraído ese día. La avaricia me cegó y creí que podría burlar a los capataces. Me capturaron antes de que pudiera dar dos pasos fuera de la mina y me encadenaron durante diez años. Los grilletes me dejaron las muñecas marcadas para siempre. Cada vez que las observo, siento el peso de la roca en mis hombros y el polvo de la mina pegado a la piel.

En 1986, trabajaba para la URSS en Chernóbil, fascinado por el poder de la energía nuclear, que entonces estaba en pleno desarrollo. Nos creíamos dioses, mol-

deando el átomo a nuestra voluntad. Recuerdo el estallido a lo lejos, el resplandor que iluminó el cielo. Pocas semanas más tarde aparecieron estas cicatrices alrededor de mis ojos, extrañas manchas en la piel, un legado imborrable de la radiación. No morí, pero tampoco volví a ser el mismo.

Estas cicatrices son el testimonio de mi historia. Son los hitos de mi viaje, las marcas de lo que he sido y de lo que he perdido. He cruzado siglos y fronteras, he probado la grandeza y la ruina, he sido condenado y redimido más veces de las que puedo recordar. Mi cuerpo es un reflejo de todos mis pecados, la cartografía de un viaje sin regreso.





fohoma.com



BY SA